

El historiador según Ricardo

Emmanuel Le Roy Ladurie

Wilhelm Abel. *La agricultura: sus crisis y coyunturas. Una historia de la agricultura y la economía alimentaria de Europa central desde la Alta Edad Media*. México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 450 pp. (Sección de Obras de Economía).

¿Ricardo resucitado? Podría pensarse al leer la última obra de Abel, traducida al francés después de cuarenta años de Purgatorio; ese Purgatorio al que aquí se somete, con demasiada frecuencia, a los grandes libros alemanes de historia. Ricardo es el economista amargo de comienzos del siglo XIX: él no trata, como lo harán con gusto sus sucesores, de transformar la economía política en una República de hombres encantados, liberados del yugo de la tierra y de los problemas dramáticos que plantea a nuestra especie la limitación de los recursos. Para Ricardo, la tierra culti-

vable en régimen de productividad estable es por excelencia un bien escaso. Cuando éste comienza a faltar, por los abusos del crecimiento demográfico, los terratenientes imponen su ley y aumentan ampliamente la renta de la tierra. Los salarios reales, por su parte, se desmoronan; porque la oferta de brazos, sobreabundante, sumerge el restringido mercado de trabajo y empleo. La pauperización campesina se extiende, puesto que la porción individual de tierra, disponible por cabeza de trabajador, disminuye bajo el efecto del fraccionamiento que impone la sobrecarga en hombres; se instaura el miserabilismo; cataliza, como ya lo decía Malthus, en hambrunas, epidemias, guerras, que acaban por limitar la población, y por conducir al sistema a un estado "deseable" de equilibrio. Estos temas ricardo-malthusianos, formulados hacia 1800-1825, en plena época de ascenso de las

masas, alcanzan, por encima de 150 años de optimismo liberal o socialista, las meditaciones desengañadas que inspirarán a nuestros contemporáneos los dramas del tercer mundo.

Durante toda su existencia de investigador, Wilhelm Abel quiso aplicar los esquemas de Ricardo al campesinado de Europa desde el año mil. Servido por una ciencia políglota, y campeón de la historia comparada, el autor alemán esquiva sin dificultades los reproches que hacen al método cuantitativo los caballeros del concepto: Abel, y con razón, nunca olvida la teoría. En él, cifras y conceptualización, gráficas y problemáticas, marchan juntas.

La historia de la escasez del suelo comienza en los siglos XII y XIII. En Europa occidental, el primer empuje de la población, contemporáneo de los grandes desmontes, impulsa la inflación, aumenta los precios, hace saltar la renta de la tierra (muchas ve-

ces recuperada en esta época por los propios campesinos ricos). El aumento del número de los hombres acaba, en el límite del siglo XIV, planteando graves problemas de subsistencia, que simbolizará la hambruna de 1315-1316, durante la cual el exceso de lluvias pudrió las cosechas. ¿La peste negra de 1348 que masacra la tercera o cuarta parte de la población europea, también es resultado de la sobrepoblación? ¿Las decenas de millones de estómagos vacíos que habitaban el Occidente, dieron a esta epidemia el "terreno" favorable que hace posible la contaminación general? Abel no lleva tan lejos el determinismo malthusiano. Para el autor alemán, la irrupción de las pulgas pestíferas que llevaron a la tumba a quince millones de hombres en 1348 resulta más bien de un acontecimiento "exógeno" de origen extra-occidental: ya que la cuna de la peste en la Edad Media (que nos llegó por Crimea) se encuentra en alguna parte de Turkestán.

Endógena o exógena, esta peste se vio sucedida por decenas de otras: las hecatombes que provoca se agravan debido a acontecimientos "locales" de primera magnitud, como en Francia, por ejemplo, la guerra de Cien Años. De repente, en los países de Europa occidental, la población se derrumba; llega a su punto más bajo hacia 1430-1450: "Francia", en la época de la hoguera de Juana de Arco, tiene (en sus fronteras actuales) menos de diez millones de habitantes. Las tierras se vuelven desiertas; rebaños de ovejas, bautizadas "comedoras de hombres", vienen a pastar en las tierras abandonadas, que ya no trabaja el campesino. Los señores ya no pueden exigir altas rentas de la tierra, puesto que el arren-

datario, en caso de altercado, puede muy bien establecerse en tal o cual parcela abandonada. Sin dinero, estos señores se dedican por tanto al *gangsterismo*, como lo dijo Postan; se lanzan de cuerpo y alma al pillaje de las guerras de Cien Años. Los asalariados hacen la semana de cinco días; puesto que su número disminuyó por las epidemias; pueden exigir altos salarios a los empleadores, que de cualquier manera, por la falta de mano de obra, no tienen otra opción: nunca (hasta el siglo XIX), el salario obrero, calculado en kilos de pan, habrá sido tan sustancial como lo fue hacia 1450. La demanda de granos es ampliamente satisfecha, ya que los consumidores son poco numerosos, frente a la inmensidad de las tierras disponibles. La gente se da el lujo de diversificar las necesidades: se hacen banquetes de carne, con patés de crestas de gallo doradas; muchos se visten de domingo: una mujer de Ratisbonne lleva un vestido que vale cerca de 100 toneladas de buen centeno. La Italia del norte, para responder a estas solicitudes del mercado, se especializa en el cultivo del gusano de seda. Más generalmente, la demanda diversificada mantiene los precios de los textiles y de la carne, que se portan mejor que los del trigo; éstos se desmoronan, y los productores se desesperan.

A partir de 1480 la situación se invierte nuevamente, en virtud de un proceso de *feedback* o de "retroacción", bien conocido por los expertos en cibernética: ¿es porque el Occidente se acostumbró a las epidemias, o porque las combate mejor? En todo caso, se vuelve exportador de bacilos y de virus, con destino a América. En México, el genocidio microbiano,

que provocaron sin proponérselo los conquistadores, destruye casi totalmente la masa indígena, después de 1535. En Europa, por el contrario, la población inicia un fuerte crecimiento. A fines del siglo XVI, o más tarde, llega nuevamente a los niveles muy altos a los que había llegado hacia 1320 (antes de la gran peste). Con 19 o 20 millones de habitantes en 1560, Francia, que llega a su peso en hombres de 1328, está totalmente llena. Se vuelven a plantear los problemas sociales, con una agudeza renovada (con una única diferencia: ya no habrá, en la edad clásica, una pandemia apocalíptica y europea comparable a la de 1348). Los salarios obreros, en una economía sin gran crecimiento del producto bruto, se ven afectados por la calamidad de la sobrepoblación. Caen "al suelo" hacia 1560, mientras que la demografía "rompe el techo". Los asalariados renuncian a la carne; se limitan, en la medida de lo posible, a sobrevivir gracias al pan de centeno.

A la inversa, los propietarios de la tierra se ven favorecidos por la coyuntura: exigen altas rentas de la tierra; con este dinero se hacen construir palacios y tejer encajes. En cuanto a los precios de los cereales, éstos se hinchan debido a la inflación del siglo XVI; ésta se ve favorecida por la llegada de plata fresca del Perú; la provoca, en lo fundamental, la demanda crecida de los hombres multiplicados, frente al insuficiente progreso de la producción de bienes de subsistencia. Lo es caro: por lo tanto, el pan encarece del Renacimiento a la Reforma; y esto a pesar de los esfuerzos de algunos agrónomos, como Olivier de Serres, por mejorar la productividad de la tierra.

Como de cualquier manera hay que alimentar a los millones de hombres suplementarios, sobre todo en la guirnalda espesa de ciudades de Flandes, Renania y los Países Bajos, una división del trabajo se establece desde fines del siglo XVI. Polonia, por ejemplo, con su agricultura a base de siervos, se especializa en la producción de granos que vende en Amsterdam, a través del Báltico y el Mar del Norte.

Después de 1600, nuevo tope: ¿se acabaron de llenar de hombres las tierras? Las epidemias y otras pestes, propagadas por los barcos y los ejércitos, limitan el crecimiento demográfico, en el caso de que éste intentase superar los antiguos puntos máximos, a los que se llegó en 1300. Peor aún, Alemania se desmorona después de 1635, víctima del genocidio militar y bacilar que perpetraron las guerras de Treinta Años. La misma Francia se vio rudamente sacudida bajo los reinos de Luis XIII y Luis XIV. La "crisis del siglo XVII" es una larga fase de estancamiento, e incluso de declinación. Se explica muy poco, si creemos a Wilhelm Abel, por la escasez de dinero, debida ella misma a la baja de la producción de las minas americanas, afligidas por la mortalidad de los trabajadores mineros. Esta crisis del siglo XVII sólo es secundariamente monetaria; es principalmente demográfica: en el plano del marasmo económico, deriva del hecho que los precios y las rentas ya no se ven impulsados por la demanda que hubiera implicado una población creciente. De allí el estancamiento de los tesoros, particularmente entre los señores. Los salarios, en cambio, se defienden mejor en el siglo XVII que antes; ya no se ven amenazados por la saturación del mer-

cado de trabajo, que se debía a una demografía galopante.

Después de 1720, un poco antes en Alemania, un poco después en Francia, comienza la recuperación. ¿Simple balanceo? ¿Marea creciente, sobre un fondo de perpetuo retorno? No. Mejor (?) que eso. La expansión, esta vez, rompe récords multiseculares. Durante cuatro siglos Francia había visto su población oscilar entre una cima de 17 a 20 millones de habitantes (apogeo medieval, o clásico) y un nivel bajo de 7 a 9 millones de hombres (hacia 1450). Ahora bien, la población pasa a 27 millones de almas en 1789, y a 40 millones en 1869. En el resto de Europa, la expansión es aún más rápida. Todo vuelve a empezar, por consiguiente, pero de manera más acentuada, y con algunos matices: los precios del trigo vuelven a subir después de 1735, a causa de las nuevas bocas que alimentar; y, en segundo término, por la importación de oro brasileño, recién descubierto. La aristocracia engorda gracias a la renta de la tierra, provocando el furor de algunos campesinos: éstos desencadenarán su odio en 1789. En casi todas partes se desmonta; se levantan bardas y *enclosures*. La especulación con la tierra se desencadena hacia el alza; las tierras laborables se venden y revenden *como caballos o como tulipanes*. Los obreros se pauperizan un poco en el siglo XVIII, pero en un grado menor del que indican los diagramas descendientes del salario. Los asalariados se recuperan, en efecto, de esta pauperización amenazadora haciendo trabajar a sus mujeres y a sus hijos. El ave de mal agüero sólo toma el vuelo en el crepúsculo: los profetas del pesimismo territorial, Ricardo y Malthus, vienen a sacar conclu-

siones de estos diversos dramas; predicen un porvenir oscuro al proletariado de viejo tipo. *Para los nuevos indigentes, multiplicados por una natalidad de vista corta*, dice Malthus, *no hay lugar en el gran banquete de la vida*. Y añade, dirigiéndose a aquellos pobres que de cualquier manera quieren sobrevivir: *Hagan ahorros, no niños*.

La cronología de Abel, después de 1800, continúa firmemente; pero pierde algo de interés, en la medida en que los cereales, destronados por el fierro y después por el petróleo, dejan de ser los personajes centrales de la economía y de la política. ¿La escasez de granos, nuevamente padecida por el mundo desde las sequías africanas y las compras soviéticas, devolverá a los granos los primeros papeles a partir de los años 1978-2000, como en el siglo XVIII? No es imaginable; pero Abel se prohíbe entrar en la prospectiva.

Muchas tesis y argumentos de este libro son discutibles; a pesar de las puestas al día, ha envejecido (la primera edición es de 1935). Me limitaré sobre este punto a un ejemplo: el "auge del siglo XVIII", en Francia, comenzó mucho antes de 1750, fecha fijada erróneamente por Wilhelm Abel. Pero los méritos históricos y conceptuales de esta obra permanecen: las teorías se adaptan sin esfuerzo a los números. Lejos de esconder el bosque, los árboles lo dibujan y recomponen. Las fases A y B de Simiand, algo superadas, dejan lugar a olas englobantes, que abarcan a un mayor número de fenómenos que las solas curvas de precios. La transición del feudalismo al capitalismo, de la que gustan los marxistas, no se pierde de vista en esta obra que no olvida de ninguna manera el

problema de las clases sociales. Pero pasa a segundo plano. Cede el lugar a las palpitaciones de ese gran conjunto que es la agricultura europea, desde la Edad Media hasta el siglo XVIII: ésta forma, en efecto, un ecosistema, a la vez fluctuante y estable, enraizado en la naturaleza, fijo en cuanto a las técnicas pero variable en cuanto a las dimensiones seculares.

A pesar de un fichero generoso,

lleno de anotaciones concretas, la trama de la historia económica, incluso en Abel, permanece ausente; pero el juego de una mecánica con dos grandes variables (población fluctuante y producción relativamente inelástica) proporciona al historiador alemán el $e=mc^2$ de un pasado global y tradicional.

Este juego fascinará a quien quiera y sepa leer. Gracias a Wil-

helm Abel, estamos en presencia de un Universal concreto que nace de la observación experimental. No sale todo armado del muslo del filósofo.

Traducción Rodrigo Martínez
Tomado de Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le territoire de l'historien II*, Gallimard, 1978. Publicado originalmente en *Le Nouvel Observateur*, 14 de enero 1974.

En el lejano Sureste

Gloria Pedrero

Helen H. Seargent, *San Antonio Nexapa*, México, Fonapas Chiapas - Dirección de Cultura y Recreación, 1980, 431 pp. ils. (Colección Ceiba, 11).

Para toda aquella persona que haya tenido el privilegio de vivir alguna temporada en una finca tropical será un deleite la lectura del libro de Helen H. Seargeant, ya que, con él, recordarán vivencias tales como el trabajo en el campo, durante el día, y al anochecer, en la casa, las pláticas y cuentos de los mayores, la lectura de novelas y revistas y la noche oscura llena de ruidos.

A través de este documento podemos conocer la vida cotidiana de una familia típica de colonizadores norteamericanos, (compuesta por los padres, dos hijos y tres hijas) que en lugar de irse a la conquista del Oeste, vinieron a la del Sureste Mexicano (Tapachula). El hábil jefe de la familia construye la clásica cabaña con

horcones y vigas de maderos labrados, en medio de un campo, sembrado de maíz, calabaza, chile, frijol y plátano, y rodeados por la selva. Su adaptación física, llamémosla así, fue muy rápida, pues al poco tiempo de haber llegado adoptan las técnicas de preparación del terreno de la zona (roza y quema), los de siembra (coa o palo sembrador) y aprenden a utilizar los medios que la naturaleza les brindaba (maderas, palmas, jícaras, etc.). En el ámbito alimenticio el cambio fue radical, pues durante mucho tiempo la leche, el huevo y el pan resultaron muy escasos, siendo substituidos por la tortilla, el frijol, la calabaza y algunas yerbas. El plátano va a ocupar un lugar importante también en la dieta familiar, a tal grado que, cuando después de mucho tiempo de estar anhelando un horno donde cocinar el pavo del día de acción de gracias y hornear el pan y los pudines, al fin lo consiguen, la exclamación familiar fue “¡bravo... ahora

podemos hornear plátanos machos para comer con nuestro arroz y frijoles”.

Hemos hablado de adaptación física porque consideramos que una adaptación ideológica nunca la hubo, lo cual se debió fundamentalmente, a lo que la autora reconoce como la intención de su padre de que continuaran “siendo americanos”, “. . . y después de todo, creo que lo logró”. En general tuvieron muy poca relación con mexicanos, sus amistades eran casi siempre extranjeros y fundamentalmente compatriotas suyos o ingleses. Desde niños sus padres les habían metido en la mente que no jugaran con niños mexicanos (a los cuales consigna como “nativos”) y, posteriormente, nunca les permitieron asistir a las fiestas en Tapachula, para que no se aficionaran demasiado a la sociedad mexicana. Todo esto creó en ellos un cierto grado de racismo, de tal forma que nunca llegaron a apreciar la belleza indígena: “Juan no era